

Un liberador de la teología en los siglos XX-XXI: Gustavo Gutiérrez, O. P. *In memoriam Semper*

A Liberator of Theology in the 20th–21st Century: Gustavo Gutiérrez, O. P. *In memoriam Semper*

[Artículos]

Iván Fernando Mejía Correa, O. P.¹
Santiago María Borda-Malo Echeverri, O. P.²

Recepción:09/02/25

Aprobación: 27/02/25

Citar como:

Mejía Correa, I. F., & Borda-Malo Echeverri, S. M. (2024). Un liberador de la teología en los siglos XX-XXI: Gustavo Gutiérrez, O. P. *In memoriam Semper*. *Revista Albertus Magnus*, 16(1), 93-115. <https://doi.org/10.15332/25005413.10933>



Resumen

Este artículo académico es un homenaje al gran teólogo dominico peruano, pionero de la *teología de la liberación* (a quien consideramos liberador de una teología tan desencarnada como dogmática y dualista), fallecido hace tres meses, quien con su dedicación durante más de medio siglo marcó un hito que perdurará con implicaciones ecuménicas e interreligiosas durante este siglo XXI. Abordamos su semblanza ('*Rostro y rastro*') para detenernos luego en su innovadora *Espiritualidad liberadora*, resaltando los aspectos más relevantes y praxeológicos del itinerario de su pensamiento testimonial, reconocido por el papa Francisco cuando Gustavo Gutiérrez Merino cumplió 90 años de edad (2018).

Palabras clave: Gustavo Gutiérrez Merino, teología de la liberación, espiritualidad, praxeología, testimonio, ‘opción preferencial por los pobres’.

¹ Licenciado canónico y doctor en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Actualmente formador de la Orden de Predicadores en el Convento de Santo Domingo (Bogotá) y Facultad de Teología USTA y Seminario Mayor de Bogotá. Sus tesis han sido publicadas como libros por Ediciones USTA y Editorial San Pablo. Coautores del libro del *VIII Centenario de Nacimiento de Santo Tomás de Aquino: el Sol de Aquino re-naciendo: iSiempre a más!* (Bucaramanga, Colombia): USTA, 2024 (1225/2025). Correo electrónico: ivanfernando27@gmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2005-6370>.

² Maestro colombiano que fue monje durante 19 años, licenciado en Filosofía y Teología de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, especialista en Ética, magíster en Filosofía Latinoamericana (USTA, Bogotá), y doctor en Filosofía (USTA, Bogotá, 2018). Diácono Permanente de la Arquidiócesis de Tunja (Colombia, desde 2007). Es docente investigador hace 23 años en USTA, Seccional Tunja. Autor de varios libros, los últimos de los cuales y Zumo y Summa de Mauricio Beuchot: 75 años (2025). Correo electrónico: Correo electrónico: santiago.bordamalo@usantoto.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1138-3257>

Abstract

This academic article is a tribute to the great Peruvian Dominican theologian, pioneer of *Liberation Theology* (whom we consider *Liberator* of a theology as disembodied as it is dogmatic and dualistic), who died three months ago, who with his dedication for more than half a century marked a milestone that will endure with ecumenical and interreligious implications throughout this 21st century. We address his *Semblance* ('Face and Trace') to then stop at his innovative *Liberating Spirituality*, highlighting the most relevant and praxeological aspects of the itinerary of his testimonial thought, recognized by Pope Francis when Gustavo Gutiérrez Merino turned 90 years old (2018).

Keywords: Gustavo Gutiérrez Merino, liberation theology, spirituality, praxeology, testimony, 'preferential option for the poor'.

Introducción

Este artículo se deslinda y desglosa en dos momentos: la semblanza (*Rostro y rastro*) del teólogo que marcó un hito no solo latinoamericano sino mundial con su *teología de la liberación*. El segundo resalta la *espiritualidad liberadora* que desprende de aquella, y sus implicaciones que darán mucho qué replantear en la Iglesia Universal, incluso con repercusiones ecuménicas e interreligiosas.

Rostro y Rastro de Gustavo Gutiérrez Merino

El Espíritu del Señor está sobre mí,
por cuanto me ha ungido para dar la *Buena Nueva a los pobres*;
me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;
a pregonar libertad a los cautivos,
y vista a los ciegos;
a poner en libertad a los oprimidos;
y a predicar el *Año de Gracia del Señor*.
(...) Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.
(‘Kairós’, ‘Yobel’ = Jubileo, San Lucas 4:18-19.21
/ Profeta Isaías 61:1 ss., énfasis añadido)

Gustavo Gutiérrez Merino nació en Lima (Perú) el 8 de junio de 1928. Se considera un filósofo y teólogo peruano, ordenado presbítero en 1959 (de 31 años de edad y completó al morir 65 de servicio eclesial) y dominico desde 1998 (cuando contaba casi 40 años de presbiterado). Es, sin lugar a duda, el creador y/o pionero de la teología

de la liberación de América Latina. Además, fue fundador del Instituto Bartolomé de las Casas de Lima, desde donde criticó duramente —a través de sus libros— el marco político que ha perpetuado la pobreza e incluso miseria en América Latina.

Fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2003, según palabras del jurado, “por su coincidente preocupación por los sectores más desfavorecidos y por su independencia frente a presiones de todo signo, que han tratado de tergiversar su mensaje”. Asimismo, la Universidad de Yale, en junio de 2009, le otorgó un *doctorado honoris causa* en Teología, por su trabajo social en los barrios de Lima y su estudio avanzado de la medicina y la teología. En 2013, fue recibido en audiencia, en el Vaticano, por el papa Francisco, discípulo suyo en esa formación liberadora y comprometida.

Formación y juventud*

Realizó sus estudios teológicos en varias universidades de Europa, en la Facultad Teológica de Lovaina (Bélgica) y en la Facultad Teológica de Lyon (Francia), teniendo como profesores a los más grandes teólogos de la Iglesia católica del siglo XX: el jesuita Henri de Lubac y los dominicos Christian Duquoc, Yves Congar y Marie Dominique Chenu, y varios de los que integraban en ese entonces la famosa Ecole de “Le Souchoir”. El contacto con la teología moderna europea le permitió interactuar con los teólogos del Concilio Ecuménico Vaticano II (1962-65) —además de los ya mencionados—: Edward Schillebeeckx, Karl Rahner, Hans Küng y Johann Baptist Metz. Además, compartió y entró en diálogo con el mundo de la teología protestante, a través del profundo trabajo de Karl Barth, y mantuvo interés por teólogos como Jürgen Moltmann, Dietrich Bonhoeffer —mártir en campo de concentración nazi—, y de científicos sociales como François Perroux y su idea del desarrollo, y el dominico de pensamiento socio-económico de L. J. Lebret.

No puede desconocerse en su semblanza, que el encuentro con Camilo Torres Restrepo, quien lo visitó en Lima (Perú) en 1965, lo conmovió profundamente, y apenas seis meses después fue el trágico desenlace del presbítero colombiano, vinculado a la guerrilla (ELN) y muerto en su primer combate... Esto le vacunaría en adelante contra la violencia como alternativa política.

Pensamiento: teología de la liberación

En primer lugar, en el pensamiento de Gustavo Gutiérrez se observa la realidad latinoamericana, fundamento y motor de la *teología de la liberación*, tal y como la

* Cf. Wikipedia. (s. f.). [https://es.wikipedia.org/wiki/Gustavo_Guti%C3%A9rrez_\(te%C3%B3logo\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Gustavo_Guti%C3%A9rrez_(te%C3%B3logo))

entiende él. Sin lugar a duda, su vida marcó de forma definitiva su pensamiento teológico. En efecto, el mundo que conoció en su juventud era un mundo de injusticia y opresión en contra de los más necesitados y excluidos. Como él mismo afirma: “Vengo de un continente en el cuál más del 60 % de la población vive en situación de pobreza, y el 82 % de esta se encuentra en pobreza extrema”.

La *teología de la liberación* surgió originalmente como la respuesta cristiana a la situación en la que malvive gran parte de la población de América Latina. De hecho, para el teólogo peruano, el centro del problema en América Latina es el pecado manifestado en una *estructura social injusta*. El teólogo —según él— pone énfasis en la dignidad de los pobres al priorizar la gloria que Dios ha puesto en ellos, adoptando y adaptando la expresión de san Ireneo de Lyon: “La gloria de Dios es que el hombre viva!” (*Tratado contra las herejías*). Ese hombre es el más *empobrecido* por el mismo hombre...

Efectivamente, para G. Gutiérrez estos dos estados de pobreza conviven en la fe de los creyentes de América Latina. En este paradójico continente se vive un binomio no compatible, sino antagónico. Mientras un pueblo profesa una inmensa fe en el Dios de la Vida, muchos mueren presa del hambre, la desnutrición, o la injusticia de un sistema hostil. Por un lado, existe y persiste mucha hambre de Dios, y por otro el hambre de pan material, realidad que lo llevó a exclamar sin miramientos: “Yo deseo que el hambre de Dios permanezca, pero que el hambre de pan se haga resolver... ¡Hambre de Dios sí, pero hambre de pan no!” (2013).

A todas luces, en las obras de G. Gutiérrez la pobreza juega un papel importantísimo por ser esta la causa del surgimiento de su *teología liberadora*. Entonces, el autor peruano criticó en numerosas ocasiones la forma en que otras naciones conciben la situación del designado despectivamente *tercer mundo*, específicamente de América Latina. En efecto, hablando del desarrollo de los países *tercermundistas*, comentó: “Para algunos el término ‘desarrollo’ sería, por decirlo así, negativo. Habría surgido como oposición al término ‘subdesarrollo’, que expresaba la situación —y angustia— de los países pobres comparados con los países ricos” (2013).

Solo por medio de la manifestación de una fe comprometida se puede llegar a manifestar los propósitos de Dios para el hombre, sin importar el color o la clase social bajo la que haya nacido. Precisamente por esto, la *teología de la liberación gutierreziana* pretende ser: la expresión de la vivencia de la inteligencia de la fe cristiana de los pobres. La *teología de la liberación* insistirá en priorizar el don de la vida como manifestación suprema de Dios.

La praxis liberadora

Más aún, la reflexión teológica de la liberación no se limita a ser un simple discurso sin implicaciones prácticas y concretas, sobre todo cuando dicha reflexión gira

en torno a una situación humana que amenaza con destruir la dignidad y las vidas de los hombres y mujeres que habitan en este “continente de la esperanza”. Por lo tanto, la reflexión en torno a esta situación desemboca en lo que los teólogos de la liberación denominan “praxis liberadora”. En virtud de esta, ellos entienden el proceso mediante el cual la fe de la Iglesia construye la liberación económica, espiritual e intelectual de los pueblos socialmente oprimidos como cumplimiento específico del reino de Dios.

Ahora bien, para Gutiérrez la praxis liberadora es un proceso un poco más complejo, debido a que el autor deslinda y desglosa la praxis liberadora de la *praxis histórica*. Desde luego, la historia forma parte fundamental en el pensamiento de G. Gutiérrez, pues la fe se vive en la historia y todas las conclusiones de la reflexión deben verse reflejadas en la lucha por humanizar a los oprimidos. La historia es concebida por Gutiérrez como “proceso integral de Liberación del hombre”. De ahí que convertirse a la historia es convertirse al prójimo en la justicia social, en tanto lo histórico está ligado a lo conflictual, a lo temporal, a lo terreno, material, social, a lo existencial y concreto.

Más aún, Gustavo Gutiérrez recuerda que “la fe en un Dios que nos ama... no sólo no es ajena en la transformación del mundo, sino que conduce necesariamente a la construcción de esa fraternidad y de esa comunión (la ‘*koinonía*’ evangélica) en la historia” (2013, p.17).

En este orden de ideas, la *praxis liberadora*, entonces, asume su base en el Amor mayúsculo que Dios manifiesta por lo hombres y, por otro lado, en el sentido de solidaridad y compañerismo que debería existir en las relaciones interpersonales entre los hijos de Dios. Sin embargo, para otros teólogos más *ortodoxos* y no *ortopráxicos* como el peruano, parece ser que G. Gutiérrez olvida que, aunque la transformación social del mundo es de suma importancia para Dios, la transformación interior del hombre es también primordial. Obviamente, la *praxis* debería conducir a una *liberación* integral del hombre, en primer lugar liberación del pecado, y en segundo lugar libertad de las estructuras opresoras, libertad del hambre y de la enfermedades. Si no se enfatiza la importancia de la primera, la teología se convertirá en un tan alienante como simple movimiento social sin implicaciones profundas en la vida de las personas.

Críticas

“¡Nadie es Profeta en su tierra!” (Jesucristo, san Mateo 13:57)

Una amplia gama de objeciones e interpelaciones a la *teología de la liberación* postulada por el dominico peruano no se dejaron esperar. Su enfoque interdisciplinario apelando a las ciencias sociales —que tenía en cuenta algunos aspectos válidos del análisis marxista— fueron objeto de cuestionamiento, sobre todo el aspecto de la *lucha de clases* y la violencia como *partera de la historia...* En efecto, hubo quienes

enarbolaron esta teología latinoamericana en la línea violenta del mencionado Camilo Torres Restrepo, el mal llamado *cura guerrillero* colombiano, porque fue un estudioso sociólogo e incluso intachable presbítero... quien, vinculado a ELN (Ejército de Liberación Nacional), abrió brecha para la deserción de varios presbíteros a las guerrillas: Domingo Laín, Manuel Pérez, etc. Luego en la Revolución Sandinista en Nicaragua (1979, el poeta y cura Ernesto Cardenal, su hermano jesuita Fernando, Miguel D'Escoto, Gaspar García), etc.

Espiritualidad de la liberación

El don de la vida: encontrar a Jesucristo (2013, pp. 53-120)

En la I parte se desarrollan las siguientes temáticas: “Una espiritualidad de la liberación”, “Encontrar a Jesús”, “Beber del pozo de la gratuidad”, “La formación de la comunidad cristiana”, “Vivir con Cristo en el mundo”, “Caminar con María”, “Hacerse discípulo” (pp. 53-120).

El primer tema (I parte), “Una espiritualidad de la liberación”, desarrolla cuatro ítems, a saber: “Una manera de ser cristiano”; “Conversión al prójimo y al Señor”; “La comunión con el Señor es ante todo un don”, y, finalmente, “La liberación y la alegría” (pp. 55-60).

En primer lugar, se resalta que ser cristiano implica una espiritualidad liberadora, sabiendo que esta afecta todas las dimensiones de la vida. En el caso cristiano, “una *Espiritualidad* es una forma concreta, inspirada por el Espíritu, de vivir el Evangelio. Es una manera precisa de vivir ‘ante el Señor’ en solidaridad con todos los seres humanos” (p. 56). De ahí que la *espiritualidad* cristiana tenga las coordenadas que echan sus raíces en el Evangelio. Y este es el referente que conduce a poseer la experiencia viva de Jesucristo. Es así que todo cristiano está llamado a corresponder con la dinámica del Evangelio, que lo conduce a una *espiritualidad* de auténtico cuño cristiano.

De otro lado, la genuina *espiritualidad cristiana* motiva toda verdadera conversión que se presenta —en primer lugar— a Jesucristo el Señor y también al prójimo. Por eso, para Gutiérrez, “una *Espiritualidad de la Liberación* estará centrada en una conversión al prójimo, al ser humano oprimido, a la clase social explotada, a la raza despreciada, al país dominado. Nuestra conversión al Señor implica esta conversión al prójimo” (p. 57).

Pero también la conversión implica el cambio a los modelos y paradigmas institucionales, que ya son obsoletos. No solo los sujetos son objeto de conversión, sino también las mismas instituciones de la Iglesia. De hecho, el audaz magisterio del papa Francisco va por este derrotero: pedir la conversión personal, pero también cambiar las mentalidades y los modelos ya caducos en el ambiente pastoral. Es necesario estar a tono

del discernimiento que pide Francisco, que es el único que nos puede ayudar a salir de algunos modelos de cristiandad que todavía subsisten y que no han dejado paso al espíritu de *parresía* (Mejía-Bordamalo, 2022).

Asimismo, la conversión implica vivir en la dinámica de la comunión, sabiendo que ésta —en primer lugar— es un regalo de Dios. Por eso, para Gutiérrez,

la comunión con el Señor y con todos los seres humanos es, ante todo, un don [...] Sólo se ama auténticamente cuando hay entrega gratuita, no condicionada, no coartada. Sólo el amor gratuito va hasta la raíz de nosotros mismos y hace brotar desde allí un verdadero amor. (p. 58)

La experiencia de *comunión* debe transformar todas las esferas de la Iglesia. Y para este cometido es preciso hacer eco al Concilio Ecuménico Vaticano II, que invitó a una eclesiología de pueblo de Dios y de comunión sinodal. Estas dos categorías están muy presentes en la *teología de la liberación* y, por ende, en su *espiritualidad*.

Igualmente, la experiencia de comunión y de conversión implica una experiencia de *liberación*, cuya característica especial que es la alegría. Esta se convierte así en ese toque que anima toda *espiritualidad* cristiana, porque la alegría proviene de Dios, el Señor de la Vida. Por eso, para Gutiérrez, “todo anuncio profético de la *Liberación* total viene acompañado de una invitación a participar en el gozo escatológico” (p. 59).

El segundo apartado (I parte), “Encontrar a Jesús”, desglosa cuatro aspectos, a saber: “La búsqueda de vida”; “El encuentro con el Mesías”, “Reconocer al Mesías” y “El seguimiento como respuesta” (pp. 61-74).

De hecho, la perspectiva de fe en la vida se ancla en Jesucristo. Encontrarse con Él implica entrar en el camino del seguimiento. Por eso, “Jesús invita a los discípulos a entrar en su terreno, a venir y ver dónde y mora, a aceptar sus consecuencias” (p. 63). De ahí que, para Gutiérrez: “El seguimiento de Jesús implica para todos el compromiso en una Misión, para la cual, como el Maestro, es necesario acampar en la historia humana y desde allí dar testimonio del amor del Padre” (p. 64).

Y este seguimiento de Jesucristo pasa por el encuentro con Él, que cambia la vida, la existencia. Por eso, según nuestro teólogo dominico, “el encuentro con el Señor no queda en los discípulos, pues la naturaleza misma de ese acontecimiento lleva a la comunicación, al testimonio” (p. 65).

Desde luego, el que se ha encontrado con Jesucristo necesariamente se ve obligado a dar testimonio de esa experiencia, que no se puede guardar para sí. Y ese encuentro que capacita para el testimonio está destinado a proyectar la vida que se ha producido al encontrarse con Él. De ahí que para este teólogo inspirador: “El seguidor de Jesús no debe vivir en el temor, que para Juan es lo contrario al amor que nos hace libres. El discípulo que ha encontrado al Señor tiene al Hijo, tiene la Vida. Y de eso debe dar testimonio” (pp. 67-68).

Asimismo, el seguimiento de Jesucristo implica reconocer al Señor constantemente, que pasa por la vida de sus discípulos. Por eso, él enfatizó: “Confesar a este Jesús, reconocer a Jesús el Mesías, es expresar la comprensión. No se trata simplemente de poner juntos un nombre y un título; es una auténtica confesión de fe” (p. 69).

Más aún, el seguimiento cristiano supone responder al llamado radical del Señor Jesús. El discípulo que sigue al Maestro está llamado a encarnar su experiencia, y a asumir los criterios y virtudes del Reino. Por consiguiente, para Gutiérrez:

No basta reconocer a Cristo Jesús; es necesario aceptar lo que eso implica. Creer en Cristo es también asumir su práctica; porque una profesión de fe sin seguimiento es incompleta; tal como se afirma en el Evangelio de san Mateo: “No todo el que dice: ‘Señor, Señor’ entrará en el Reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre”... La *ortodoxia*, la recta opinión, exige una *ortopraxis*, es decir, un comportamiento acorde con la opinión expresada. (p. 73)

El tercer apartado (I parte), “Beber del pozo de la gratuidad”, resaltó tres temáticas, a saber: “Todo es gracia”, “El amor eficaz” y “Gratuidad y fraternidad” (pp. 75-80).

Ahora bien, la gratuidad es fundamental para comprender la iniciativa del Dios de Jesucristo frente a los hombres, ya que

ese amor de Dios es gratuito, sin mérito de nuestra parte. Don que recibimos antes de existir, o para ser más exactos en vistas al cual hemos sido creados [...] Por eso la gratuidad marca nuestras vidas de modo que somos llevados a amar gratuitamente y a buscar ser amados gratuitamente. (pp. 75-76)

Igualmente, el amor de Dios es eficaz y transformante. Por eso, acotó Gutiérrez: “El encuentro con Dios es el resultado de una iniciativa suya, creadora de un espacio de gratuidad en el que debe transcurrir toda vida cristiana” (p. 78).

De otro lado, la gratuidad implica entrar en la dinámica de la fraternidad. De hecho, solo los que toman conciencia de ser amados pueden amar y así fomentar la solidaridad y la fraternidad. De ahí que puntualizó Gutiérrez: “La experiencia de la gratuidad no es una evasión, sino el lugar en que se vive, la realidad que envuelve y baña el empeño para ser eficaz en la historia” (p. 80).

El cuarto apartado (I parte), “La formación de la comunidad cristiana”, resaltó cuatro temáticas: “La gratuidad y la Iglesia”; “La verdadera grandeza”; “La vida en comunidad” y “El amor al hermano” (pp. 81-89).

Desde luego, la comunidad hace parte de la experiencia cristiana. No se vive una verdadera experiencia cristiana sin tener en cuenta a la comunidad, ya que esta es el entorno donde se puede experimentar la experiencia de Jesucristo en relación con los hermanos y con Dios. De ahí que apuntaló G. Gutiérrez:

No saber vivir la fraternidad, el amor al hermano, la *liberación* del perdón, es ignorar en la práctica la presencia de Jesús en medio de ella. Significa negarse a ser signo del Reino, que es ante todo un don; y acogerlo es cambiar de perspectiva. (p. 81)

De igual manera, la experiencia en clave cristiana que se da en la comunidad debe posibilitar hacerse como niños, ya que “hacerse como niños no es regresar cronológicamente o psicológicamente a la infancia; es identificarse y ser solidarios con quienes son vistos como seres inferiores” (p. 84).

Reiteró el autor: la experiencia cristiana debe llevar a vivir la experiencia de la gratuidad, que consiste en saberse amados por Dios. En efecto, esta gratuidad debe impregnar la vida de la comunidad. Por eso, para el teólogo liberador, “los seguidores de Jesús deben vivir en comunidad su fe en el Dios de la vida” (p. 85). Igualmente, la comunidad cristiana debe tener una actitud comprometida de cuidado frente a los débiles y pequeños.

A todas luces, lo que debe inspirar a toda comunidad cristiana es el amor. Más aún, el amor al hermano es lo que verifica el amor a Dios. De ahí que la comunidad cristiana debe ser una comunidad de reconciliación y perdón. Por eso, “perdonar es dar vida; eso debe caracterizar a la asamblea de los seguidores de Jesús” (p. 88).

Para tan altas aspiraciones, la comunidad cristiana también debe ser una *koinonía* orante, condición *sine qua non* para aceptar al hermano y comprender los caminos de Dios. Y esta oración cristiana debe vivir la experiencia de la gratuidad. Asimismo, “la oración es siempre una experiencia de gratuidad; ella debe poner su impronta en el amor por Dios y por los demás. Sin práctica orante no hay vida cristiana. Cristo es el corazón de la asamblea de los creyentes” (p. 88).

El quinto apartado (I parte), “Vivir con Cristo en el mundo”, potencia cuatro tópicos, a saber: “Seguimiento de Jesús y movimientos históricos”; “El riesgo de elitismo y perfeccionismo”; “El riesgo de una espiritualidad individualista” y finalmente, “Separar la espiritualidad de la vida cotidiana” (pp. 90-97).

Gustavo Gutiérrez trató de evangelizar desde el contexto de los pobres y oprimidos, lo que incluye vivir una *espiritualidad* que asuma la experiencia del pobre y del oprimido. De ahí que todo seguimiento de Jesucristo se debe insertar en la historia. Es así como en la historia de la Iglesia y la *espiritualidad* encontramos familias religiosas que se insertaron en un momento dado, respondiendo a unas necesidades específicas. Lo mismo ha ocurrido con la *teología de la liberación*, que nació en un contexto específico y que ha llevado una dinámica propia. De ahí que para Gutiérrez: “La irrupción del pobre se expresa en conciencia de identidad y en organización de los oprimidos y marginados de América Latina. En adelante, la sociedad latinoamericana es juzgada, y será transformada, a partir de los pobres” (p. 92).

Sin embargo, la *espiritualidad* siempre puede caer en la tentación del elitismo y el perfeccionismo, que ya han afectado a la misma espiritualidad cristiana en otros momentos. De hecho, esta espiritualidad elitista y perfeccionista lleva necesariamente a entrar en la dinámica de una espiritualidad individualista. Por tanto, para Gutiérrez, “una espiritualidad individualista no está en condiciones de orientar en ese seguimiento a quienes se hallan embarcados en una aventura comunitaria de *Liberación*” (p. 96).

Otra latente tentación es separar la espiritualidad de la vida cotidiana. La espiritualidad debe tocar todas las dimensiones de la vida, permeando las cuestiones políticas, sociales y económicas de un pueblo. Siempre urge aunar la oración y la acción en la vida cotidiana. No se puede caer en un dualismo nefasto. De ahí que para nuestro teólogo dominico: “Una auténtica unidad supone síntesis de elementos aparentemente dispares, pero que se enriquecen mutuamente” (p. 97), tales como la simbiosis de la espiritualidad y el compromiso social.

El apartado sexto (I parte), “Caminar con María”, resaltó tres aspectos, a saber: “María, hija de un pueblo”, “La gratuitad y los humildes”, y “Una historia distinta” (pp. 98-106).

Para G. Gutiérrez la figura de María es paradigmática. En Ella ve cómo la acción de Dios se manifiesta de una manera gratuita y amorosa. Por ello, para el teólogo peruano:

María, y con ella su pueblo, cantan la grandeza de Dios. El poder de Dios se revela en la historia a través de acciones salvíficas [...]. Ella es también, y con mayor razón, una expresión del poder y de la intervención de Dios en la historia. (pp. 99-100)

María de Nazareth experimentó con creces la misericordia de Dios y su cercanía. De ahí que

laantidad de Dios da pleno sentido a su obra liberadora. El Dios poderoso es también misericordioso. Son los dos aspectos de su grandeza. Se trata de una fuerza amorosa, de un amor eficaz. Su misericordia lo hace acogedor, tierno. (p. 101)

Más aún, María se convierte en la verdadera discípula que sabe captar la experiencia de Dios en Ella. Por eso y, a todas luces, María debe ser un referente clave para la *espiritualidad de la liberación*. De ahí que Gutiérrez manifestó tajante que “el cántico de María nos habla del amor preferente de Dios por los humillados y maltratados, y la transformación de la historia que su voluntad de Amor implica” (p. 105).

María entonces se convierte en un referente para la *teología de la liberación*, ya que:

La fuerza espiritual de las palabras de María está en hacernos ver que la búsqueda de la *justicia* debe ser colocada en el marco de la gratuitad del amor de Dios, so pena de perder su significación profunda. Y, al mismo tiempo, ayudarnos a comprender que ese amor libre y gratuito, que motivan esta oración y acción de gracias, exige de nuestra

parte ser solidarios con aquellos que viven una situación contraria al designio de la vida del Dios de Jesucristo. (Gutiérrez, 2013, p. 106)

El apartado séptimo (I parte), “Hacerse discípulo”, abordó seis aspectos, a saber: “Mística y política”; “La espiritualidad y la alteridad”; “Espiritualidad desde abajo”; “La espiritualidad y la pobreza”; “El don del amor gratuito y nuestra respuesta”, e “Incorporarse a la experiencia espiritual de los pobres” (pp. 107-120).

Con todo, la experiencia cristiana conlleva hacerse discípulo de Jesús, y esto afecta a la misma vida. El discípulo (discípulo y disciplinado, según la raíz común de los vocablos) debe estar comprometido con la realidad histórica y esto impele a tomar un papel en la política. El cristiano no es un sujeto pasivo sino activo, pero esto surge —paradójicamente para algunos— de su experiencia *mística*. Por consiguiente, para Gutiérrez “sin contemplación, oración, acción de gracias a Dios, no hay vida cristiana; y sin compromiso, solidaridad, amor al prójimo, tampoco” (p. 108).

Por ende, la *espiritualidad* cristiana implica tener en cuenta al otro, razón por la cual no se puede encasillar en una especie de intimismo e individualismo, sino debe estar en relación con los otros. Desde la perspectiva de la *liberación*, la otra cuenta, ya que para Gutiérrez:

La percepción de la alteridad del pobre y del oprimido (desde el punto de vista social, racial, cultural y de género) nos permite comprender cómo se puede dar en él un agudo sentido de Dios, que no desdena la fiesta y la alegría, en una situación de despojo y de lucha por la *justicia*. Y por senderos inéditos la experiencia de la opresión resulta tierra fecunda para la dimensión mística de la vida cristiana. (p. 109)

A todas luces, la auténtica *Espiritualidad* parte desde abajo, desde los marginados y los proscritos de la sociedad. Por esto, para G. Gutiérrez, “el Dios de Jesús es precisamente el Dios de los olvidados y marginados, de aquellos a los que se quiere hacer callar; como intentan en este caso incluso quienes rodeaban al Señor (Mc 10,48)” (2013, p. 113).

La especificidad de la *espiritualidad de la liberación* ha incorporado a fondo el compromiso de la ‘opción preferencial por los pobres’, que debe marcar toda su praxis. De ahí que la clave gutierreziana es puntual:

La *opción preferencial por el pobre* es mucho más que un modo de manifestar nuestra preocupación por la pobreza y por el establecimiento de la justicia. Tiene inevitablemente, y en el corazón de la misma, un elemento espiritual, místico y de experiencia de gratuidad que le da hondura y fecundidad [...]. La fe en el Cristo Resucitado se nutre de la experiencia de sufrimiento, de muerte y también de Esperanza de los pobres y oprimidos. (p. 116, énfasis añadido)

He aquí —si se quiere— el plus y/o ‘valor agregado’ de la *espiritualidad de la liberación*: debe brotar de una experiencia de gratuidad que pasa por la solidaridad, la

misericordia, y el encuentro con los más pequeños. Por eso, no escatimamos citar al teólogo *en extenso*:

La solidaridad con los pobres se expresará en la preocupación por sus necesidades de alimento, salud, techo [...] Se vive no sólo de justicia, sino también de amor y de ternura, no debemos temer el decirlo [...]. Estoy convencido de que sin gratuidad, sin amor, sin oración, sin alegría no hay vida cristiana. Pero sin solidaridad con los más pobres, sin hacer nuestros sus sufrimientos y sus esperanzas, su derecho a la vida, tampoco hay vida cristiana genuina. (p. 117)

Así vistas las cosas, el discípulo de Cristo debe asumir los mismos criterios de Jesucristo, Quien ‘pasó haciendo el bien’ (Hechos Apostólicos 10:38), reconciliando al género humano, predicando la Buena Nueva, es decir, la llegada del Reino de Dios. Pero también el discípulo debe hacer suya la experiencia de los oprimidos, radicalidad que implica una conversión, un cambio de mentalidad. Por consiguiente, para fray G. Gutiérrez, se infieren “la fe y la esperanza en el Dios de la Vida que se anidan de la situación de muerte y de lucha por la vida que viven los pobres y oprimidos en América Latina: es el *pozo* en el que tenemos que beber si buscamos ser fieles a Jesús” (2013, p. 119).

Los ojos de la fe: comprender la misericordia de Dios (cf. 2013, pp. 121-190)

El apartado octavo (II parte), “Enraizar la teología en la espiritualidad”, realizó dos aspectos: “Espiritualidad y teología” y “Dios está en las raíces” (pp. 123-127).

Efectivamente, G. Gutiérrez se vio influenciado por la obra del dominico Marie-Dominique Chenu. De ahí que para el peruano, siguiendo las reflexiones del francés, la teología debe estar impregnada de una profunda *espiritualidad*: primero es la dimensión espiritual y luego la reflexión teológica. La ortopraxis prima sobre la ortodoxia...

De hecho, no se concibe una reflexión teológica sin una experiencia espiritual. En este sentido, la *teología de la liberación* ha seguido estos pasos en tanto ha brotado de la contemplación de la realidad oprimida y pobre de América Latina. De ahí que, para nuestro pionero,

la espiritualidad se coloca, precisamente, en ese terreno, el de la vida cotidiana del cristiano. Ser discípulo es insertarse en la práctica de Jesús. La *espiritualidad* es el eje vertebrador del discurso sobre la fe, la de su significación más profunda y su alcance más interpelante. (p. 124)

En este orden de ideas, la *espiritualidad* en la obra de Gutiérrez es la que le da pleno sentido a su reflexión teológica. Por eso, para él,

en la teología, nuestra metodología es nuestra espiritualidad. La metodología se refiere a una ruta intelectual; en el caso de la reflexión teológica, el método se ubica dentro del camino por el que avanzamos hacia Dios a través de la *espiritualidad*. (p. 124)

Dios debe ser el horizonte de comprensión que puede ayudar a ver la realidad desde la perspectiva creyente. Por tanto, “en el núcleo mismo de la *opción preferencial por el pobre*, hay experiencia de amor gratuito de Dios que nos ayuda a entrar en el misterio de su presencia en nuestras vidas” (p. 126).

Inferimos que la fe en Jesucristo proporciona a los pobres los elementos necesarios para discernir la realidad de la opresión... “Los pobres de América Latina han emprendido el camino de la afirmación de su dignidad humana y de su condición de hijas e hijos de Dios” (p. 126).

El apartado noveno (II parte), “Hablar y escuchar a Dios”, destacó un aspecto medular: “Un tiempo para callar, un tiempo para hablar” (Eclesiastés 3:7, cf. 2013, pp. 128-130).

Ergo, todo teólogo está llamado a contemplar a Dios, lo que significa escucharlo de una manera profunda y atenta. De hecho, solo desde la contemplación de Dios se podrá dar sentido a la realidad. Por esto,

el misterio de Dios debe ser acogido en la oración y en la solidaridad humana; es el momento del silencio y de la práctica. Dentro de él, y únicamente desde allí, surgirán el lenguaje y las categorías necesarias para transmitirlo a otros, para entrar en comunicación con ellos. (p. 129)

El apartado 10 (II parte), “Caminar con los pobres”, postuló tres tópicos clave: “El abandono y la esperanza”, “El Dios Liberador”, y “Ausencia y presencia de Dios” (pp.131-137).

Es pertinente resaltar que G. Gutiérrez se dejó impactar por la experiencia de Dios que tuvieron dos autores: el primero es la experiencia de *Felipe Guamán Poma de Ayala* (1535-1616), un indígena que supo captar a Dios en el sufrimiento de sus hermanos indígenas, sobre quien afirma nuestro teólogo dominico: “Para él, servir a Dios Nuestro Señor y favorecer a los pobres de Jesucristo son dimensiones indesligables de la práctica cristiana” (p. 133).

El otro autor que impactó la reflexión de Gutiérrez fue cruda experiencia del ya mencionado escritor José María Arguedas. Este autor también ha sido tocado por el sufrimiento: “Arguedas no sólo supo pintar la lacerante situación de un pueblo; estuvo atento igualmente a sus esperanzas sencillas y alegrías cotidianas” (p. 135).

Ahora bien, conviene ratificar que la reflexión de G. Gutiérrez no solo está basada en libros, sino lo más importante es la experiencia de otros que como él han vivido en medio del dolor, la pobreza y tristeza de su pueblo. Es así que la reflexión del teólogo de

la liberación asumió un tono experiencial, y por eso se podría aseverar que él vivió la experiencia dominicana de ‘contemplar y llevar a los demás lo contemplado’...

El tema 11 (II parte), “El sufrimiento del inocente”, enfatizó dos aspectos: “Revelación y método teológico”, y “Hablar de Dios en América Latina” (pp. 138-145).

Más aún, G. Gutiérrez orientó su reflexión con base en cuatro candentes preguntas, a saber:

¿De qué manera hablar de un Dios que se revela como Amor, en medio de la pobreza y la opresión? ¿Cómo anunciar al Dios de la Vida a personas que sufren una muerte prematura e injusta? ¿Cómo reconocer el don gratuito de su Amor y de su Justicia desde el sufrimiento del inocente? Y, ¿con qué lenguaje decir a los que no son considerados personas que son hijas e hijos de Dios? (p. 144)

Fue así como la *teología liberadora* de Gustavo Gutiérrez estuvo permeada por el sufrimiento humano. Y de este brotaron a raudales las preguntas ya referidas... Más aún, él siempre reflexionó sobre una realidad que está atravesada por el dolor y el sufrimiento, contemplando la presencia de Dios aun en medio de las dificultades y de los sufrimientos más impactantes, y realizando entonces una relectura contemplativa de la realidad cargada de esa aventurada presencia de Dios. Como ya se ha desglosado atrás, su reflexión denotó y detonó una carga de alta *espiritualidad*, que comenzó en el silencio y desembocó en una praxis desde la *liberación del pueblo de Dios* en clave de nuevo Éxodo. Todo un programa de vida.

El tema 12 (II parte), “Creer en medio del sufrimiento”, a su vez, rescató seis componentes, a saber: “El mensaje de Job”; “Lenguaje profético y lenguaje místico”; “La contemplación y la justicia”; “La gracia y la justicia”; “Job y Jesús” y, finalmente, “La agonía de Jesús y el sufrimiento del mundo” (pp. 146-171).

Más aún, para G. Gutiérrez el lenguaje teológico debía estar atravesado por la vía contemplativa y profética. Separar estas dos perspectivas es fracturar el lenguaje teológico. De ahí que una verdadera *espiritualidad de la liberación* debe conjugar a su vez las dos perspectivas, en un conciliador ejercicio *analógico* como el propuesto atrás por fray Mauricio Beuchot con su hermenéutica.

De otro lado, nuestro teólogo recientemente fallecido se dejó interpelar a fondo por la cruda experiencia de *Job*, que le sirvió como imprescindible referente para su reflexionar teológico. De ahí que:

El libro de *Job* no pretende encontrar una explicación racional y definitiva al problema del sufrimiento; el poeta tiene clara conciencia de la complejidad del asunto. Pero su fe le hacen preguntarse acerca de la posibilidad de encontrar desde allí un lenguaje apropiado sobre Dios. De otro modo, podríamos caer en la resignación impotente, la religión interesada y calculadora, la actitud cínica y olvidadiza del dolor de los demás, o incluso en la desesperación. (p. 147)

Asimismo, la contemplación, según la clave del teólogo peruano, debe implicar también el camino de la *justicia*. No se contraponen, sino que se conjugan, y esto también supone vincular la Justicia y la Gracia, porque “la gratuitad del amor de Dios es el marco en que se inscribe la exigencia de practicar la justicia” (p. 161).

También el autor presentó con agudeza sapiencial el paralelo entre Job y Jesucristo, resignificando que en la lectura del libro de Job encontró elementos que también pueden ayudar a comprender el comportamiento de Jesucristo mismo. De ahí que “el Hijo de Dios nos enseñó que el hablar sobre Dios debe pasar por la experiencia de la Cruz. Jesús se encuentra el desamparo y la muerte justamente porque revela a Dios como Amor” (p. 165).

Más aún, fue Jesucristo quien vivió y bebió hasta las heces el sufrimiento en todo el sentido de la palabra... También experimentó hasta la saciedad la calumnia, la persecución y la indolencia de los hombres. Por esto, el Crucificado por antonomasia tiene mucho qué decir a la teología de América Latina, ya que los pequeños, los pobres, los oprimidos y los desamparados, etc., son los preferidos de Él. Y por eso, para Gutiérrez, “en América Latina no es posible hacer teología sin tener en cuenta la situación de los últimos de la historia; esto implica exclamar en un momento, como Jesús: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?’ (Salmo 21)” (p. 170). De ahí que también, para nuestro autor referencial:

El empeño por aliviar el sufrimiento humano y sobre todo por eliminar sus causas en la medida de lo posible es una obligación del seguidor de Jesús, de Aquél que ha tomado sobre sí su “yugo suave y su carga ligera”... Ello supone tener una auténtica compasión humana, así como una cierta inteligencia de la historia humana y sus condicionamientos. (p. 170)

El tema 13 (II parte), “Conectar con los demás”, focalizó dos ingredientes *sui generis*: “La Noche Oscura de la injusticia” y “Vivir en comunidad” (pp. 172-179).

Sin duda, la experiencia cristiana pasa por vivir en comunidad (*passim*). El teólogo reiteró que vivir en comunidad significó compartir la vida, es decir, los gozos, las alegrías, las perspectivas, las tristezas y toda clase de acontecimientos que afectan la vida para bien o para mal. Por esto, vivir en comunidad pertenece intrínsecamente al seguimiento de Cristo, porque este se plasma en la comunidad.

Empero, todas las comunidades, al igual que todos los individuos de una u otra manera viven *Noches Oscuras*, y por eso “el paso por lo que se ha llamado la *noche oscura de la injusticia* forma parte del camino espiritual en América Latina” (p. 173, énfasis añadido).

No obstante, la comunidad se convierte en aquel soporte para poder hacerle frente a tal *noche oscura de la injusticia*. De ahí que “el paso por la experiencia de la soledad

lleva al mundo a vivir en comunidad [...]. El apoyo de la comunidad es fundamental para atravesar el desierto” (p. 176).

Efectivamente, la comunidad cristiana está llamada a vivir en comunión y esto se presenta en la experiencia *eucarística*, ya que

la fracción del pan es al mismo tiempo punto de partida y punto de llegada de la comunidad cristiana [...]. En la *Eucaristía* se celebra una esperanza y se expresa una confianza en que es realizable la comunión de vida que aún no existe entre nosotros. (p. 178)

En suma, una *espiritualidad de la liberación* debe, entonces, resaltar la comunidad y la experiencia eucarística como la forma de asumir las *noches oscuras de las injusticias* que afectan a muchos hombres y mujeres del continente latinoamericano. De ahí que esta particular *espiritualidad* transite por rudos momentos de vivencia del Misterio divino, que le proporcionará los criterios para saber actuar frente a las permanentes injusticias que se propician...

El tema 14 (II parte), “Elegir la vida”, enfatizó cuatro dimensiones: “Una espiritualidad de la vida”; “Un tiempo aceptable de *liberación*”; “Hacia una nueva espiritualidad” y “El canto de los pobres” (pp. 180-189).

A todas estas, la *espiritualidad de la liberación* propende desde el primer momento por la defensa de la vida en todas sus dimensiones. De ahí que las implicaciones no se hacen esperar:

Las luchas del pueblo pobre por la *Liberación* representan una afirmación de su derecho a la vida; puesto que la pobreza que sufre el pobre significa muerte, muerte prematura e injusta. Desde esa afirmación de la Vida plena, los pobres del subcontinente intentan vivir su fe, reconocer el amor de Dios y proclamar su esperanza. (p. 180)

Esta peculiar *espiritualidad de la liberación*, ya que busca defender la vida, debe también propugnar por la *solidaridad* que es la que —en últimas— ayuda a defender la vida y, por consiguiente:

El término *solidaridad* expresa entre los pobres del continente el gesto consecuente con una nueva toma de conciencia de su situación de explotación y marginación, así como del papel que le corresponde desempeñar en la construcción de una sociedad nueva y distinta. Para los cristianos, ese gesto es un acto eficaz de caridad, de amor al prójimo, y de amor a Dios en el pobre. (p. 184)

Fue así que la *teología de la liberación* —en cabeza de G. Gutiérrez— se encaminó hacia una *nueva espiritualidad*, fundamentada en la experiencia de Jesucristo, que inexorablemente pasa por el más *empobrecido* y, por esto,

el tiempo que se vive en América Latina, rico en cuestionamientos y en perspectivas, cargado de impases y de nuevas pistas, lleno de sufrimientos y esperanzas, se va constituyendo tal vez en el crisol de una forma distinta de seguir a Jesús. (p. 168)

El desafío del Reino: Vivir en el Espíritu (cf. 2013, pp. 193-271)

El tema 15 (III parte), “Anunciar el Reino”, se proyectó en seis aspectos, a saber: “El reino de Dios y la vida eterna”; “Las dimensiones sociales e históricas del Evangelio”; “La realeza de Cristo”; “La verdadera realeza”; “La norma del amor y del servicio, no de la dominación”, y finalmente “Un reino de solidaridad” (pp. 193-198).

El reinado de Dios se entiende desde la perspectiva del servicio, el amor, la justicia y la entrega por el prójimo. Por todo esto, “entrar al Reino, a la vida definitiva, a la vida eterna, supone que el discípulo ha seguido los pasos del Maestro en el servicio a todos y en especial a los más necesitados” (p. 193).

Así y todo, la *espiritualidad de la liberación* en esa medida debe afectar no solo a la persona concreta sino a la comunidad (*passim*). Una espiritualidad que se interesa por el bien de la comunidad. Es así que

las exigencias del Reino llevan a la vida hoy: dar de comer, de beber, etc. Esos gestos deben expresar la gracia que Dios nos ha hecho de su propia vida. De ahí que los destinatarios privilegiados son los más pequeños y postergados. (p. 194)

A todas luces, los pobres y los oprimidos son los privilegiados del reinado de Jesús. Efectivamente, Él vino a salvar a todos aquellos que están desahuciados... Por esto, “el Reino de Jesús es un Reino de amor, justicia y servicio” (p. 196).

De hecho, la experiencia de Jesucristo pasa por el camino del servicio y del amor. De ahí que, para Gutiérrez,

Jesús no es un rey como los de este mundo, que dominan y maltratan a quienes tienen bajo ellos; no utiliza su poder en beneficio propio, por eso no se salva a sí mismo. El Señor vino a enseñarnos que todo poder está al servicio de los oprimidos y desvalidos. (p. 197)

Más aún, el reino de Dios se debe entender en clave de solidaridad y misericordia. Por tanto, “una actitud de servicio supone sensibilidad para escuchar al otro; sólo ese testimonio podrá abrir corazones y mentes al anuncio del Reino de Cristo” (p. 198).

El tema 16 (III parte), “Liberar a los pobres”, puntualizó un binomio clave: “La Misión del Mesías” y “La pobreza espiritual y la pobreza voluntaria” (pp. 199-205).

Así vistas, las cosas, la *liberación* humana pasa por proclamar y defender la vida. Por esto, “el tema de la vida es capital en el relato de san Juan y en todo el Nuevo Testamento. Jesús hace de ella el centro de su anuncio” (p. 199). Jesucristo ha venido a traer vida en todas las dimensiones, es decir, que el señorío de Jesucristo debe afectar a

todo el hombre, tanto en lo material como en lo espiritual. Esto es lo que se llama *liberación integral*. Por eso, para Gutiérrez, “se trata del Reinado de Dios, Reinado de vida, ese sentido último de la historia humana, pero su presencia se inicia desde ahora a partir de la atención de Jesús por los últimos de la misma historia” (p. 202).

G. Gutiérrez se expresó con ahínco de la pobreza espiritual y la voluntaria. La pobreza espiritual es la infancia espiritual que conlleva un estilo de vida según los criterios del Evangelio. De ahí que, para él, “la pobreza espiritual se alimenta de la voluntad de Dios, como lo hace Jesús, según el Evangelio de Juan” (p. 203). De igual manera, la persona que se implica en la *liberación* y que propende por el bien de la comunidad, debe asumir ‘en espíritu y en verdad’ los rasgos de todo lo que implica la *infancia espiritual*. Por todo esto, “de la pobreza espiritual —condición del discípulo que pone su vida al servicio del Reino y busca hacer la voluntad de Dios—, nace la actitud de desprendimiento o libertad frente a los bienes terrenos del mundo, pues el verdadero discípulo pone el corazón en el tesoro que constituye el mensaje evangélico (Mt 6,21)” (2013, p. 204).

El tema 17 (III parte), “Caminar en el Espíritu”, afianzó un diptico recapitulante y *parresiástico*: “El signo del martirio” e “Imitar a Jesucristo” (cf. pp. 206-211).

Desde luego, el discípulo de Cristo es aquel portador del Espíritu Santo en su corazón. Este Espíritu de Cristo lo capacita para vivir en la dinámica de Jesucristo. Por ende, para Gutiérrez, “el seguimiento de Jesús alimenta el compromiso con los pobres proporcionándole unas raíces profundas y abriéndolo a una fértil creatividad” (p. 206).

En consecuencia, la ‘vida del espíritu’ conlleva un camino de conversión, es decir un cambio de mentalidad, conllevando convertirse al Evangelio. Por consiguiente, para Gutiérrez: “La opción por los pobres como componente de la espiritualidad implica conversión [...] Sólo una Iglesia en el humilde proceso de conversión permanente podrá ser signo y símbolo del Reino en unos tiempos de permanente cambio” (p. 208).

A decir verdad, el discípulo de Cristo está llamado a ser testigo de esa experiencia de Jesucristo, y esto entraña en algunas ocasiones incluso *dar la vida* por el proyecto de Jesús. Por eso, para este teólogo suramericano,

el martirio es un testimonio de fe en Cristo, es ofrecer la propia vida en aras de las más profundas creencias de la persona. Del mismo modo, el amor y el servicio a los demás son también una forma de martirio. (p. 211)

A juzgar por actitudes y actos concretos, el discípulo de Cristo está llamado al seguimiento de Él y a imitar la experiencia jesuánica. Pero es preciso tener en cuenta que:

El seguimiento de Jesús no consiste en una imitación literal de Jesús, sino que es un discipulado permanente, creativo e inspirado en su vida. Seguir las huellas de Jesús sin abstraernos de la injusticia social aportada por muchos de nuestros hermanos y hermanas significa recorrer los caminos marginales por los que se mueven los pobres

de este mundo, ayudándolos a mantener viva la esperanza y a conservar la tranquilidad cuando se desencadenan las tormentas. (p. 210)

El tema 18 (III parte), “Compartir la mesa”, consagró dos aspectos temáticos problemáticos: “Compartir desde nuestra pobreza” y “El compartir y la amistad” (pp. 212-215).

En este orden de ideas, todo discípulo que quiera ser verdaderamente de Jesús de Nazaret debe entrar por el camino del compartir. Se hace necesario, entonces, compartir la vida con los demás. Es decir, compartir la vida en comunidad eclesial. Así, la *espiritualidad de la liberación* florece verdaderamente en una comunidad que comparte, que se relaciona, que se abre al otro y, sobre todo que tiene como función fundamental el pobre. Por esto, “para Juan, la verdad se obra; se manifiesta en obras completas de fraternidad y solidaridad (Jn 3,21)” (2013, p. 212).

Otro de los elementos a tener en cuenta en esta *espiritualidad liberadora* es el factor de la amistad, lo que significa que el compartir amistoso se convierte en un conjunto de coordenadas que hacen posible la *liberación* de los oprimidos y pobres. Por tanto, para Gutiérrez, “la invitación a saber compartir se ubica en una línea de construcción de una sociedad sin excluidos, que debe ser inclusiva: nadie debe quedar fuera de ella” (p. 215).

El tema 19 (III parte), “Vivir las Bienaventuranzas”, radicalizó cuatro elementos, a saber: “La ética del reino”; “El seguimiento y las bienaventuranzas”; “La misericordia de Dios” y, finalmente, “Testigos a través de las obras” (cf. pp. 216-230).

La genuina *espiritualidad de la liberación* —cabe precisar y enfatizar— se debe afincar en la vivencia del espíritu de las Bienaventuranzas. Estas se convierten en el sumo proyecto de vida para todo discípulo de Cristo, y para todo aquel que quiera entrar en el proyecto de la *teología liberadora*. A todas luces, el camino de las bienaventuranzas supone un espíritu de conversión que implica introyectar las virtudes y/o ‘supravalores’ del Reino en el corazón de los hombres.

A su vez, uno de los temas relevantes en la dinámica de las bienaventuranzas es el ya reiterado espíritu de *justicia*. En efecto, para Gutiérrez la justicia del Reino “implica relación con el Señor, es decir, santidad; y al mismo tiempo relación entre los seres humanos, reconocimiento de los derechos de cada uno, en particular de los despreciados y oprimidos, es decir, *justicia social*” (p. 218, con cursivas de resalte).

Así pues, existe una relación directa entre seguimiento y el espíritu de las Bienaventuranzas, ya que el seguidor de Cristo debe entrenarse desde la dinámica única se desprende de las mismas Bienaventuranzas. De otro lado, cada Bienaventuranza va dejando una orientación a seguir en la vida del discípulo y que marca toda la vida. Esto resignifica que toda *espiritualidad de la liberación* debe plasmar el proyecto y el espíritu que se desprenden de las bienaventuranzas que subyacen en el Evangelio.

El tema 20 (III parte), “Ser testigos hasta los confines de la tierra”, optimizó nueve temáticas paradigmáticas, a saber: “Bartolomé de Las Casas: defensor de los pobres”; “Juan de la Cruz: los peligros de la idolatría”; “Dom Helder Cámara: un testimonio profético”; “Pedro Arrupe: un hombre libre”; “María Agustina Rivas: testigo de la misericordia”; “Vicente Hondarza: la grandeza de lo ordinario”; “Óscar Arnulfo Romero: la victoria de la vida”; “Como lucíernagas: Cristo y la comunidad”, y, finalmente, “Las dos memorias de Jesús” (cf. pp.231-260).

El vasto pensamiento teológico de G. Gutiérrez fue hondamente influenciado por un elenco de personas heroicas —más que ‘personajes’ convencionales— que lo marcaron teológicamente, espiritualmente y pastoralmente en su quehacer teológico. De ahí que él resalte —en cada uno de estos testigos—, algunos aspectos evangélicos que sirven para la reflexión teológica y que dan orientaciones en el camino de la *espiritualidad liberadora*.

De otro lado, es un autor sensible a las historias de vida no solamente de autores reconocidos, sino de todos aquellos que dicen algo, aun desde la marginalidad... sabiendo que todas las personas tienen algo qué decir desde su vida, por anodina y anónima que parezca. De ahí inferimos que la teología de Gutiérrez no ha brotado del escritorio, sino que ha sido fruto de una permanente contemplación de la cruda realidad.

Conste que el teólogo peruano —permeado por la tradición dominicana— supo contemplar la realidad desde la óptica de la *compasión*. Y, efectivamente, por ser compasivo fue que pudo leer la vida de estos testigos del siglo XX, que lo marcaron y de otros que también pasaron por su vida. La teología gutierreziana fue la teología existencial en cuanto que se dio a luz a partir de las realidades más humanas que en muchas ocasiones rayan con el dolor y el sufrimiento extremos...

El tema 21 (III parte), “La opción por el pobre nace de la Fe en Cristo”, resignificó un tríptico clave: “Seguir a Jesús”; “Una hermenéutica de la esperanza” y “Un anuncio profético de la Buena Nueva” (cf. pp. 261-271).

Sin dudas, la experiencia de Jesucristo subyace en la base de la opción por los pobres. De hecho, sin esta experiencia raigal no se puede tener el compromiso por los pobres y deprimidos socialmente. De ahí que, para Gutiérrez: “La opción por los pobres se despliega en tres campos: el seguimiento de Jesús, el quehacer teológico y el anuncio del Evangelio. Esta triple dimensión da vigor y perspectiva a la *opción preferencial por el pobre*” (p. 262).

Asimismo, la *opción preferencial por los pobres* implica seguir radicalmente a Jesucristo. Por eso, para el teólogo peruano, “ser cristiano es caminar, movido por el Espíritu, tras los pasos de Jesús” (p. 262). De igual modo, la opción por los pobres pasa por la solidaridad (*passim*). Por esto, asume el criterio gutierreziano:

La solidaridad con el pobre es fuente de una *espiritualidad*, de un caminar colectivo o comunitario, si se prefiere hacia Dios. Ella sucede en una historia que la inhumana situación del pobre muestra en toda su残酷, pero que permite también descubrir sus posibilidades y esperanzas. (p. 263)

También, para Gutiérrez:

El seguimiento de Jesús es una respuesta a la cuestión del sentido de la existencia humana [...]. La espiritualidad se mueve en el terreno de la práctica de la vida cristiana: de la acción de gracias, de la oración, del compromiso histórico, de la solidaridad, especialmente con los más pobres. Contemplación y solidaridad son las dos vertientes de una práctica animada por un sentido global de la existencia que es fuente de esperanza y de alegría. (p. 264)

Más aún, la teología está llamada a convertirse en una hermenéutica de la Esperanza. Porque el mensaje teológico no solamente debe contemplar la realidad, sino que debe tratar de iluminar esta realidad desde la perspectiva de Jesucristo, *cristificarla*. Y si Jesucristo está en el centro de la teología (cristocentrismo) entonces esta se convierte en fuente de Fe, Esperanza y Caridad mayúsculas.

De ahí que la auténtica teología propenda por el anuncio profético de la Buena Nueva. Es así que para Gutiérrez —arribando al final de su pronunciamiento *liberador*—

La opción preferencial por el pobre es, asimismo, un componente esencial del anuncio profético del Evangelio que incluye el nexo entre el amor gratuito de Dios y la justicia [...]. Es imposible entrar en el mundo del *pobre* que vive una situación inhumana y de exclusión, y no percibir la vertiente *liberadora y humanizadora* de la Buena Nueva y, por eso mismo, portadora de una concreta exigencia de *justicia*, así como de igualdad entre los seres humanos. (p. 268)

En suma, G. Gutiérrez fue plenamente consciente de que la experiencia de los pobres puede despertar una consiguiente *espiritualidad de la liberación* inherente a la comprensión cabal de la Buena Nueva, consistente cuando articula el anuncio y el denuncio, y la *liberación* de todos los oprimidos por diferentes causas.

A modo de conclusión

Gustavo Gutiérrez ha sido un teólogo que ha marcado la historia de la teología en Latinoamérica y a nivel global. Toda historia de la teología debe resaltar el aporte con pocos precedentes de Gustavo Gutiérrez Merino desde la teología de la liberación. Pese a no pocos detractores, uno de los elementos más importantes de esta teología *sui generis* es su misma *espiritualidad*, que palpita latente y patente a la base del proceso libertario. Nuestro teólogo Gutiérrez —fiel a la experiencia dominicana— ha sabido que la contemplación es el primer momento para —siempre desde allí— captar las dinámicas de la realidad, y en un segundo momento poder actuar desde la perspectiva evangélica. Por esto —en este capítulo culminante— se ha querido abordar de la mano de Daniel G.

Groody aquellos textos relevantes que han tocado los elementos más característicos de la *espiritualidad de la liberación*. Por eso se han destacado esas coordenadas teológicas y espirituales que ayudan a comprender lo que significan esta magna espiritualidad y este magno teólogo latinoamericano, y las implicaciones que asume hoy.

Referencias

- Bosch, J. (2004). *Diccionario de teólogos-as contemporáneos*. Entrada “Gustavo Gutiérrez”. Monte Carmelo.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe [Cepal]. (2022, 20 de noviembre). Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2022: dinámica y desafíos de la inversión para impulsar una recuperación sostenible e inclusiva. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/48077-estudio-economico-america-latina-caribe-2022-dinamica-desafios-la-inversion>
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe [Cepal]. (2024, 18 de diciembre). Economías de América Latina y el Caribe mantienen un bajo crecimiento y se expandirán 2,2 % en 2024 y 2,4 % en 2025: Cepal. <https://www.cepal.org/es/comunicados/economias-america-latina-caribe-mantienen-un-crecimiento-se-expandiran-22-2024-24-2025>
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (1969). *Líneas pastorales de la Iglesia en América Latina (Montevideo)*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (1971). *Teología de la liberación: perspectivas*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (1979). *La fuerza histórica de los pobres*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (1983). *Beber un su propio pozo: en el itinerario espiritual de un pueblo*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (1986a). *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente: una reflexión sobre el libro de Job*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (1986b). *La verdad los hará libres*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (1989a). *Dios o el oro de las Indias*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (1989b). *El Dios de la vida*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (1990). *Entre las calandrias: un ensayo sobre José María Arguedas*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (1992). *En busca de los pobres de Jesucristo: el pensamiento de Bartolomé de Las Casas*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (2004). *Gustavo Gutiérrez: textos esenciales: acordarse de los pobres*. Centro de Estudios Peruanos [CEP]. Selección de textos de Gustavo Gutiérrez.
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (2013a). *La espiritualidad de la liberación: escritos esenciales*. Sal Terrae.
- Gutiérrez Merino, G., O. P. (2013b). *Del lado de los pobres: teología de la liberación* (en coautoría con el cardenal Gerhard Müller). Centro de Estudios Peruanos [CEP].

Gutiérrez Merino, G., O. P. (2015). *Iglesia pobre y para los pobres* (en coautoría con el cardenal Gerhard Müller y José Sayer. Centro de Estudios Peruanos [CEP].

Gutiérrez Merino, G., O. P. (2018). *De Medellín a Aparecida. Artículos reunidos. A los 50 años de la Asamblea Episcopal Latinoamericana de Medellín.* Centro de Estudios Peruanos [CEP].

Libanio, J. B. (2006). *Gustavo Gutiérrez.* San Pablo.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD]. (2024, 13 de marzo). Informe sobre Desarrollo Humano 2023/2024 (instantánea). <https://www.undp.org/es/colombia/publicaciones/informe-desarrollo-humano-2023-2024-instantanea>

Tamayo Acosta, J. J. (2008). *Para comprender la teología de la liberación.* Verbo Divino.

Tamayo Acosta, J. J. y Bosch, J. (eEds.) (2001). *Panorama de la teología de la liberación: cuando vida y pensamiento son inseparables.* Verbo Divino.

Wikipedia. (s. f.). Gustavo Gutiérrez (teólogo).

[https://es.wikipedia.org/wiki/Gustavo_Guti%C3%A9rrez_\(te%C3%B3logo\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Gustavo_Guti%C3%A9rrez_(te%C3%B3logo))